

De mi diario

Agustín Lara y María Félix: “Tú y yo”

Eulalio Ferrer Rodríguez

Visito a Agustín Lara en su casa de Edgar Allan Poe. La luz de la sala es tenue, arrinconado el piano negro con el que el compositor dialoga en sus horas mejores, las que él llama *del éxtasis*. Pa rece premeditada una especie de sombra en la que Agustín esconde ese tajazo en el rostro, como partido en dos, por la marca de una cicatriz traidora, la que ahueca su voz grave, como de eco tormentoso. En la mano, oculta y acariciada, la copa de su coñac preferido, *Martell*. No olvido el nombre del producto francés. Fue causa de la ruina de un programa que nuestra agencia producía en el canal 2 de televisión. Tenía algunas semanas de haberse iniciado con éxito. *Rincón bohemio* era su nombre y *Tequila Sauza* su patrocinador. Tres bohemios lo animaban: Tata Nacho, Renato Leduc y Mario Talavera. Cada semana, un invitado famoso. Cuando le tocó el turno a Agustín Lara, “El Flaco”, llegó, ¡iluminado!, de la mano de Renato Leduc,



El flaco de oro y la diva

quien comenzó a entrevistarle con preguntas atrevidas que encandilarían al teleauditorio. En un momento dado, Agustín interrumpió a Renato y rápidamente puso sobre la mesa el ánfora de coñac *Martell*, que llevaba en el bolsillo posterior del pantalón, diciendo con voz pastosa: *Bueno, y ahora brindemos con un buen coñac y no con las porquerías que se anuncian en este programa*. Los camarógrafos casi se paralizaron, se cayeron algunas luces, Mario Talavera puso sus manos en una cara aterrorizada, Tata Nacho se autohipnotizó. Agustín bebía tranquilo de su ánfora y sonaban las risotadas de Renato. Un desastre..., el caos. Al día siguiente, suspensión del programa y aviso de cancelación de la cuenta de uno de los clientes fundadores de *Publicidad Ferrer*.

Eso es parte de una historia que me une a Agustín Lara, más allá de los chispazos intemperantes. No es sólo la enorme admiración que siento por su talento musical, por el prodigio de sus canciones, como *Sola - mente una vez*, escuchada inolvidablemente en el frente del Ebro, en la primavera de 1938. Es que los años de nuestra amistad nos han acercado estrechamente, siendo el uno confidente o consuelo del otro. A mí recu rre cuando se queda “bruja”, esa palabra española que le gusta repetir a menudo. El “Chacho” Ibáñez no sólo es su joyero, sino su acreedor principal. No olvido que hace años, cuando era yo soltero, Agustín quiso aliviarme de un “mal de amores” mandando traer su piano en un camión de mudanzas para darle serenata, en plena avenida Álvaro Obregón, a una linda joven a la que yo cortejaba. Sería una noche magna. Por entonces se encontraba en México mi amigo Luis Miguel Dominguín, a quien había presentado con “El Flaco”. En el Cadillac

de este último fuimos a buscarle al hotel donde se hospedaba, cerca del Hipódromo, para que nos acompañara hasta los alrededores de la Plaza de Toros México. Subidos al camión de mudanzas que nos había seguido todo el trayecto, Agustín quiso desgranar toda la *Suite española* de su repertorio en honor del gran torero español, hasta a vanzado el amanecer y entre neblina de “monjas” —agua de Tehuacán, hielo y anís—, la bebida favorita de nuestro invitado. Luis Miguel se extrañó de que Agustín hubiera compuesto tan bellas canciones sin conocer España. “El Flaco” le repuso de inmediato: *Tampoco Julio Verne necesitó conocer África para describirla*. (Más adelante me confesaría Luis Miguel que no se atrevió a pedirle a Lara que le compusiese un pasodoble).

Aquí estoy con Agustín, frente a su piano, en esa hora de la noche en que se ilumina su mirada, cuando parece saltar de gusto al bordar una frase afortunada, como si fuera letra de canción. Pasamos revista a los programas de televisión que hemos hecho juntos. Destaca por su filmación cinematográfica y, porque participaron todos los intérpretes que él eligió, su *Autobiografía*. *Me importa un carajo que me digan que soy cursi. Así siento las canciones y así he enamorado a mi pueblo*, exclama entusiasmado, jovial. Celebra la serie *Duelo de pianos* que hizo al lado de Consuelo Velázquez. Dos compositores y dos pianistas consagrados. Con su invitado semanal y una escenografía lujosa, al estilo de Agustín Lara. Acabamos de producir para Puerto Rico un homenaje a Rafael Hernández, tan querido en México, con canciones intercaladas de ambos, boleros en su totalidad. Y acabamos de fracasar en el que hubiese sido el más espectacular de todos sus programas:

Tú y yo. Una idea del “Flaco de oro”, con título de un poema de Jean Giraudoux, que reunía a María Félix y al propio Agustín Lara. Emilio Azcárraga, padre, nos ha abierto el mejor horario de la semana en el Canal 2. He entrevistado a María Félix con un cheque en blanco de por medio, creyendo que aceptaría, pero me ha explicado su negativa: está a punto de casarse con un rico empresario, con quien piensa vivir en París. Al enterarle de la situación, Agustín se inconforma: hablará con María y la convencerá. Me pide que concierte con ella una cita en mi oficina. Será la primera desde que se separaron, o mejor dicho, desde que María le mandó su ropa a Agustín a un camerino del Teatro Lírico, avisada de que coqueteaba con una corista. María se resiste a la entrevista, pues el programa lo considera un imposible. Dramatizo los sentimientos amorosos de Agustín y finalmente se aviene. *No quiero líos... voy muy en serio con Alex*, me espeta amenazante.

La entrevista se celebró según lo planeado, en mi oficina, hace unos días, después de una espera de casi dos horas. Nunca olvidaré la escena de un Agustín humilde y suplicante, que se arrodilla ante la mujer más bella de México —cuyo mito él constató en gran parte— y le recuerda las horas felices compartidas, la entrega melódica de *María bonita*, todo en nombre de que se cumpla una ilusión y una necesidad centradas en la realización de *Tú y yo*. Con la voz seca y dura, como un latigazo, María ordenaría: *¡Levántate “Flaco”, no pidas imposibles!* Luego se apiadaría, explicando a Agustín su inminente casamiento con Alex Berger, un hombre que le da la riqueza y la seguridad que ha buscado. Antes de despedirse María parece consolar a Agustín: *Nuestro pasado guárdalo en un estuche..., y dame las gracias por él*. Recogí a un desfallecido Agustín y le acompañé a su casa. En



Agustín Lara y María Félix en los toros

esta casa en la que ahora estoy, con una sala a media luz y un piano negro arrinconado.

Nada se puede hacer, en efecto. Agustín lo sabe. Mira en torno, como si buscara algo: *¿Tú sabes que un día sembré la casa de pétalos de rosa para festejar su cumpleaños?* Nostálgico me explica que la canción de *María bonita* la ideó en Acapulco, durante una noche, cuando bajó a pasear por la playa, mientras María se arreglaba en la *suite* del “Hotel de las Américas”, antes de acudir a una cena a la que les habían invitado en “El Mirador”, atalaya de los clavadistas acapulqueños. Mi pregunta es obvia: *¿Todavía sigues enamorado de María?* Agustín parece asentir, pero no responde, mientras fuma uno de sus largos cigarrillos. Claro que está enamorado de María. Añado el recuerdo del origen de nuestro compadrazgo, en el “Capri”, cuando cenando con mi esposa Rafaela le confesamos que esperábamos nuestro tercer hijo: *Será niña, se llamará María y seremos compadres*. Fue niño y se

llamó Juan Cristóbal, pero acordamos que no dejaríamos de ser compadres.

Suena el teléfono. Es su nuevo amor, la jovencita Rocío Durán. Como ayer lo fue su madre, la cantante Chabela Durán. Nos despedimos, una despedida melancólica. Me pide copia de la grabación de *Improntu*, un divertimento al piano que improvisó hace algunos meses para que no dudara de su talento musical. Ahora me obsequia una partitura dedicada con el trazo firme de su letra clara. *Muy pocos saben* —me dice— *que entre mis ya incontables canciones soy autor de Broadway* adiós. Y tararea:

Broadway, muchacha rubia, de ojos azules
[sin corazón.
¿Quién se robó la sonrisa más bella del
[mundo?
Broadway, adiós, yo ya me voy...

México, D.F., 16 de noviembre de 1963. U

Mi pregunta es obvia:
¿Todavía sigues enamorado de María? Agustín
parece asentir, pero no responde, mientras fuma
uno de sus largos cigarrillos.